ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

CAPÍTULO XII

SACRAMENTOS

En todas las religiones existen ciertas ceremonias ó ritos á que los creyentes respectivos atribuyen vital importancia, afirmando que confieren determinados beneficios á los que en ellos toman parte. Tales ritos se designan con el nombre de Sacramentos ó con otros semejantes, y todos ellos participan del mismo carácter. Por lo que hace á su naturaleza y significación, pocas han sido las explicaciones exactas que hasta ahora se han dado, siendo asunto de antiguo reservado á la instrucción de los Misterios Menores.

La característica peculiar de un Sacramento reside en dos de sus propiedades. En primer lugar aparece la ceremonia exotérica, que es una alegoría pictórica, la representación de algo mediante determinados actos y substancias. No se trata de una alegoría verbal, esto es, de la enseñanza de una verdad comunicada por medio de la palabra, sino de una representación que se ejecuta empleando de un modo especial cosas materiales definidas. El fin á que se encaminan así la elección particular de los materiales, como el conjunto de las ceremonias que se efectúan para emplearlos, es imprimir en las mentes de los circunstantes alguna verdad, presentándola como en un cuadro. Esta es la primera y más ostensible propiedad de un Sacra-

mento, la cual le diferencia de otras cualesquiera formas de la meditación y del culto. Dirígese á aquellos que sin tales imágenes dejarían de aprehender verdades sutiles, por lo que se les muestran en forma vívida y gráfica, dado que de otro modo se les escaparían. Así, pues, cuando se estudia un Sacramento, debe considerársele en primer término desde el punto de vista de una alegoría pictórica. Las cosas esenciales que hay que estudiar en él serán, por tanto: los objetos materiales que entran en la alegoría, el modo en que se hace uso de ellos, y la significación que se trata de dar al conjunto.

La segunda propiedad característica de un Sacramento corresponde á realidades de los mundos invisibles, por lo cual es objeto de estudio para la ciencia oculta. La persona que oficia en los Sacramentos debe poseer esta clase de conocimientos, pues gran parte de la eficacia de tales ceremonias depende del conocimiento del oficiante. Los Sacramentos ligan al mundo material con las regiones sutiles é invisibles con las cuales este mundo está relacionado: son lazos entre lo visible y lo invisible. Y no sólo constituyen lazos entre éste y otros mundos, sino que por su mediación se transmutan las energías del mundo invisible en acciones del mundo físico: son en realidad métodos efectivos para cambiar energías de una especie en otras de especie distinta, ni más ni menos que como en la célula galvánica se truecan en eléctricas las energías químicas. La esencia de todas las energías es una y siempre la misma, así en el mundo visible como en el invisible; mas las energías difieren conforme al grado de materia á través del cual se manifiestan. Es un Sacramento á modo de crisol en que se hace alquimia espiritual. Colocada en este crisol una energía y sometida á ciertas manipulaciones, resulta de expresión diferente. Así, una energía de especie sutil, perteneciente á una de las regiones más elevadas del universo, puede ser puesta en relación directa con gentes que viven en el mundo físico, haciendo que las afecte en él de la manera misma que obra en su propio reino. Los Sacramentos forman un puente entre lo invisible y lo visible, y por tanto, hacen posible el que las energías de allá sean directamente aplicadas á los que llenan las condiciones necesarias y toman parte en ellos.

Los Sacramentos de la Iglesia Cristiana perdieron mucho de su dignidad y de la conciencia de su poder oculto entre aquellos que se separaron de la Iglesia Católica Romana al tiempo de la «Reforma». El cisma que se produjo entre Oriente y Occidente, poniendo á un lado la Iglesia Ortodoxa Griega y al otro la Romana, no afectó en manera alguna á las creencias sobre los Sacramentos. En ambas Comunidades continuaron reconocidos como lazos entre los mundos de acá y de allá de la percepción física, y siguieron santificando la vida de los creyentes desde la cuna al sepulcro. Los Siete Sacramentos del Cristianismo abarcan la vida entera, desde la bienvenida del Bautismo hasta la despedida de la Extrema Unción. Fueron establecidos por Ocultistas, hombres que conocían los mundos invisibles; y las substancias que se usan, las palabras que se profieren y los signos que se hacen, se escogieron y arreglaron deliberadamente para la obtención de ciertos resultados.

Las Iglesias disgregadas, que con la Reforma sacudieron el yugo de Roma, no tuvieron por guías Ocultistas, sino hombres vulgares del mundo, buenos unos y malos otros, pero profundamente ignorantes todos ellos de los hechos de las regiones invisibles, y conocedores tan sólo de la corteza del Cristianismo, de la letra de sus dogmas, de las exterioridades de su culto. Consecuencia de esto fué que los Sacramentos perdiesen el lugar supremo que ocupaban en el culto cristiano, y que en las más de las comunidades protestantes quedasen reducidos á dos: el Bautismo y la Eucaristía. La naturaleza sacramental de los restantes no fué negada de modo explícito en las Iglesias separadas más importantes, pero aquellos dos fueron colocados aparte de los otros cinco, pues se les declaró únicos obligatorios para todos los que quisiesen ser reconocidos en la plenitud de la comunión religiosa.

La definición general que del Sacramento se da en el catecismo de la Iglesia Anglicana, puede considerarse exacta, si se suprimen las palabras «instituído por el Mismo Cristo», las cuales huelgan, á no ser que se tome el «Cristo» en su sentido místico. Allí se dice que es el Sacramento «señal externa y visible del otorgamiento de una gracia interna y espiritual, instituído por el Mismo Cristo para que, por su medio, obtengamos aquélla, y á la vez nos sea prenda de haberla recibido.»

Encontramos expresados en esta definición los dos caracteres peculiares que, según lo antes expuesto, al Sacramento distinguen. La «señal externa y visible» es la alegoría pictórica; y la sentencia, «para que por su medio obtengamos» «una gracia interna y espiritual», responde á la segunda propiedad. Estas últimas frases debieran ser cuidadosamente advertidas y detenidamente pensadas por aquellos miembros de las Comuniones protestantes que miran los Sacramentos como meras formas y ceremonias externas, pues en ellas por modo claro se testifica ser el Sacramento en realidad canal por donde la gracia se cursa, lo cual presupone que sin él no ha de pasar aquélla de la misma manera desde el mundo espiritual al físico. Todo ello es reconocimiento patente de que el Sacramento en su segundo aspecto es medio por el cual se atraen poderes espirituales á la actividad terrestre.

Para entender los Sacramentos hemos de reconocer decididamente que en la Naturaleza existe un lado oculto. A este aspecto se llama vida, conciencia de la Naturaleza, y aun con más exactitud, su mente. Base de toda función sacramental es el hecho de que el mundo invisible ejerce una influencia poderosa sobre el visible, por lo que, para hacerse cargo del alcance de los Sacramentos, es indispensable saber algo de lo que con las Inteligencias invisibles, que al Universo administran, tiene relación. Ya al estudiar la doctrina de la Trinidad aprendimos que el Espíritu se manifiesta como el Yo triple, en tanto que la Materia es el campo de Su manifestación, el aspecto de la Naturaleza que constituye la forma, considerado á menudo y con propiedad, como la Naturaleza misma. Ahora bien, para comprender los Sacramentos tenemos que estudiar estos dos aspectos: el lado de la vida y el lado de la forma.

Entre la Trinidad y la especie humana existen muchos grados y jerarquías de seres invisibles. Los más elevados de todos son los Siete Espíritus de Dios, los Siete Fuegos, las Siete Llamas que delante del trono de Dios están (1). Cada uno de éstos se halla á la cabeza de una inmensa hueste de Inteligencias, todas las cuales participan de Su naturaleza y actúan bajo Su dirección; están distribuídas en multitud de grados, y son los Tronos, Poderes, Principios, Dominaciones, Arcángeles y Angeles que mencionan los escritos de aquellos Santos Padres que estaban versados en los Misterios. Hay, pues, siete grandes huestes de tales Seres, los cuales representan con sus inteligencias peculiares la Mente divina en la Naturaleza. Se encuentran en todas las regiones del universo y son el alma de las energías naturales. Desde el punto de vista del Ocultismo no existe fuerza muerta ni materia muerta. Fuerza y materia son igualmente vivas y activas, y una energía ó un grupo de energías es sólo el velo de una Inteligencia ó Conciencia, es sólo su expresión exterior, constituyendo la materia en que tal energía se mueve, una forma de la cual aquella Inteligencia es alma y guía.

Quien no mire así las realidades del Universo, excuse la esotérica enseñanza, pues seguirá siendo para él libro sellado. Sin estas Vidas angélicas, sin estas Inteligencias invisibles que van más allá de toda cuenta, sin estas Conciencias que son alma de la fuerza y la materia (2) que á la Naturaleza informan y le dan sér, no sólo permanecería esta Naturaleza misma ininteligible, sino que quedaría además fuera de toda relación así con la Vida divina que dentro de ella y alrededor de ella se mueve, como con las vidas humanas que en su seno están desenvolviéndose. Tales Angeles innúmeros ligan los mundos en uno, y siguen evolucionando á la vez que ayudan á evolucionar á otras entidades á ellos inferiores. Esto entendido, la evolución se nos presenta por nueva luz iluminada, y en ella contemplamos á la humanidad en perfecta formación dentro del organismo universal, constituyendo uno de los grados infinitos de la inmensa jerarquía de los seres inteligentes. Los ángeles son «los hijos de Dios» nacidos antes que nosotros, aquellos que «se regocijaron» cuando fueron echados los cimientos de la tierra en medio de los Astros de la Mañana (3).

Otros seres hay más bajos que nosotros en la evolución—animales, plantas, minerales y vidas elementales—así como los Angeles nos están por encima; y conforme proseguimos nuestros estudios con tal sentido, se despierta en nosotros la idea de una Rueda enorme de Vida, formada de existencias innumerables, relacionadas entre sí y necesarias las unas á las otras, ocupando el hombre en ella sitio apropiado como viviente Inteligencia, como

---

(1) Apocalipsis IV, 5.

(2) Las expresiones «fuerza y materia» están empleadas en el sentido que les da la ciencia. Mas la *fuerza* es una de las propiedades de la materia: la designada como Movimiento. Véase *Antes* pág. 125. SOPHIA de 1.° de Abril de 1903.

(3) Job. XXXVIII, 4-7.

ser consciente de sí mismo. Gira sin cesar la Rueda por la Voluntad divina, y á obrar de consuno con esta Voluntad van aprendiendo consecutivamente las Inteligencias vivas que la forman; mas ¡ay! si en el funcionar de estas Inteligencias se producen quiebras por resistencia ó abandono; volteará entonces la Rueda torpemente, avanzará arrastrando, y el carro de la evolución de los mundos andará lento y pesado su camino.

Estas Vidas infinitas, superiores é inferiores al hombre, se ponen en contacto con la conciencia humana por bien diversas vías, entre las cuales son de notar los sonidos y colores. Todo sonido produce una forma en los mundos invisibles, y las combinaciones de sonidos crean en ellos figuras muy complicadas (1). En la materia sutil de aquellos mundos aparecen los sonidos acompañados de colores, construyendo formas de múltiples matices, á las veces hermosas en extremo. Las vibraciones que se producen en el mundo físico al sonar de una nota, repercuten en los mundos invisibles en vibraciones tales, que cada cual tiene su peculiar carácter específico, y es causa, por ende, de singulares efectos. Para establecer comunicación con las Inteligencias subhumanas que con el mundo inferior invisible y con el físico están relacionadas, así como para ejercer dominio sobre ellas y dirigirlas á voluntad, han de emplearse sonidos especiales, apropiados á la consecución de los resultados que se desea obtener, del mismo modo que entre nosotros empleamos lenguajes definidos, formados de sonidos determinados. Y así también para la comunicación con los Seres más elevados hay sonidos á propósito que crean una atmósfera armoniosa, al funcionamiento de su actividad acomodada, y que á la vez predispone á nuestros cuerpos sutiles á la más fácil recepción de sus influencias.

Este efecto sobre los cuerpos sutiles es uno de los más importantes asuntos con que el empleo oculto de los sonidos está relacionado. Tales cuerpos, igualmente que el físico, se hallan en constante movimiento vibratorio, cambiando las vibraciones con cada pensamiento y cada deseo nuestro: y como quiera que estas vibraciones, irregulares por razón de sus continuas mudanzas, efectuadas al son de nuestros variados y transitorios pensamientos y deseos, ofrezcan un obstáculo á cualquiera nueva vibración que proceda de fuera, se hace preciso, para que dichos cuerpos sean susceptibles á influencias más elevadas, el empleo de sonidos que reduzcan las vibraciones irregulares á un ritmo uniforme de naturaleza igual á la del ritmo de la Inteligencia con quien se desea comunicar. El objeto de ciertas sentencias que se recitan repetidas veces, es conseguir este resultado, á la manera que los músicos de una orquesta repiten la misma nota una y otra vez, hasta lograr que todos los instrumentos estén en el mismo tono. Los cuerpos sutiles deben templarse conforme al diapasón del Ser cuya ayuda se solicita, á fin de que

(1) Véase sobre las formas creadas por las notas musicales algún libro científico que trate del sonido, especialmente el libro con láminas sobre *las Figuras de la Voz*, de Mrs. Watts-Hughes.

su influencia encuentre vía libre á través de la naturaleza de la persona devota; y esto ha sido siempre práctica religiosa, desde los tiempos más remotos efectuada mediante el uso de ciertos sonidos. De aquí que la música haya constituído en todas las edades parte integrante del culto, y que determinadas cadencias se hayan conservado con cuidado exquisito y se hayan transmitido sin interrupción de siglo en siglo.

En todas las religiones existen ciertos sonidos de carácter especial que tienen nombre de «Palabras de Poder», y consisten en sentencias formuladas en un lenguaje particular y cantadas de un modo determinado. Consérvanse celosamente en los diversos cultos tales sentencias, constituídas por sucesiones de sonidos invariables, para las cuales se va generalizando el apelativo de «mantras» importado de Oriente, donde la ciencia que les corresponde ha sido muy cultivada. No es necesario que el mantra, ó sea la serie de sonidos dispuestos en orden especial para producir un resultado definido, haya de pronunciarse en un idioma exclusivo. Cualquier idioma puede servir para el objeto—si bien hay algunos más acomodados que otros—con tal que la persona que construya el mantra sea versada en los conocimientos ocultos indispensables. Hay centenares de mantras en lengua sanscrita, que los ocultistas del pasado hicieron, familiarizados como estaban con las leyes de los mundos invisibles. Estas palabras determinadas, ordenadas y cantadas de una manera fija, han pasado de una generación á otra. La razón del cantarlas es que se produzcan, así en el mundo físico como en el suprafísico, ciertas vibraciones que á su vez crean determinadas formas, dependiendo del conocimiento y pureza del que las canta, la alteza de los mundos á donde el canto es capaz de alcanzar. Si su conocimiento es extenso y profundo, si su voluntad es fuerte y su corazón puro, apenas tendrán límite los poderes que es apto para poner en ejercicio, al hacer uso de algunos de estos antiguos mantras.

Repetimos que no es necesario que se expresen en determinado idioma. Lo mismo puede emplearse el sanscrito que cualquiera otro lenguaje de que hayan podido servirse los hombres de conocimiento para confeccionarlos.

En esto se verá la razón por qué la Iglesia Católica Romana usa siempre de la lengua latina en los actos importantes del culto. No se usa de ella como lengua muerta, como idioma que «el pueblo no entiende», sino como una fuerza viva en los mundos invisibles. No se emplea con el fin de ocultar conocimientos al pueblo, sino para producir ciertas vibraciones en aquellos mundos, las cuales no podrían provocarse con las lenguas vulgares de Europa, á menos que algún gran Ocultista compusiese con sus respectivas voces las necesarias sucesiones de sonidos. Trasladar un mantra es hacer su transmutación de una «Palabra de Poder» á una sentencia ordinaria; al cambiar los sonidos, se construyen formas de sonidos nuevas.

Algunas de las coordinaciones de voces latinas cantadas con la música que les está asignada en el culto cristiano, producen resultados muy notorios en los mundos suprafísicos; y cualquier individuo que sea un sensitivo per-

fecto, podrá ver los efectos peculiares del canto de algunas de las sentencias más sagradas, y en especial de la Misa. Cualquier persona que, sentada y tranquila, procure sostenerse en situación receptiva, percibirá los efectos vibratorios tan pronto como algunas de estas sentencias salen de los labios del sacerdote ó de los coristas. Al mismo tiempo se producen efectos en los mundos superiores, los cuales, directamente y en la forma antes descrita, afectan á los cuerpos sutiles de los que ejercitan el culto, á la vez que llaman la atención de las Inteligencias que en tales mundos residen, con un sentido tan definido, ya sea en son de plegaria, ya en son de mandamiento, como el de las palabras que en el mundo físico se dirigen unas personas á otras. Los sonidos que, con formas reales, hienden aquellos mundos como relámpagos, ejercen su acción sobre las conciencias de sus habitantes, y hacen que algunos de ellos presten los servicios requeridos por los que toman parte en los oficios religiosos.

Tales mantras son parte esencial de todo Sacramento.

La subsiguiente parte esencial de un Sacramento se refiere á su forma exterior y visible, y consiste en ciertos movimientos expresivos, llamados Signos, Sellos ó Marcas: tres palabras que tienen el mismo significado con relación á un Sacramento. Cada signo tiene un sentido propio, y señala la dirección que el oficiante desea imponer á las fuerzas invisibles que está manejando, ya procedan de sí mismo, ya les sirva de intermediario para difundirlas. En todo caso, tales acciones son indispensables para conseguir el resultado apetecido, por lo que son elemento principalísimo del rito sacramental. Al signo se llama «Signo de Poder», como al mantra «Palabra de Poder».

Gran interés tienen los pasajes de las obras ocultas de la antigüedad, donde se hace referencia á estos hechos, tan positivos y verdaderos entonces como ahora. En el *Libro de los Muertos*, egipcio, se describe la jornada del Alma *post-mortem*. Allí vemos cómo se la detiene y pone á juicio en diversas etapas de su viaje. Los Guardianes de las puertas de cada uno de los sucesivos mundos que tiene que recorrer, le dan el alto y la arguyen. Dos cosas ha de conocer el Alma para atravesar la puerta y seguir su camino adelante: ha de pronunciar una palabra—la Palabra de Poder—, y ha de hacer un signo—el Signo de Poder. Pronunciada esta Palabra y hecho este Signo, caen las barreras de la puerta, y los Guardianes se hacen á un lado para que el Alma pase. Descripción parecida nos ofrece el gran Evangelio místico cristiano, *Pistis Sophia*, de que ya se ha hablado (1). No se trata en ella del paso del Alma á través de los mundos, cuando por razón de la muerte ha quedado libre del cuerpo, sino del Iniciado que voluntariamente se desprende de él en el curso de la Iniciación. Hay grandes Poderes, los Poderes de la Naturaleza, que le estorban el camino, y hasta que el Iniciado no da la Palabra

(1) Véase *Antes* pág. 325 de SOPHIA de Septiembre de 1902, y págs. 201 y 202 de SOPHIA de Junio de 1903.

y Signo, le impiden el paso por los portales de sus dominios. Se exigía, pues, este doble conocimiento—pronunciar la Palabra de Poder y hacer el Signo de Poder. Sin esto, todo progreso quedaba interrumpido, y sin esto, un Sacramento no es tal Sacramento.

Además, en todos los Sacramentos se hace uso—ó debe hacerse—de alguna materia física (1). Esta es siempre símbolo de lo que con el Sacramento se granjea, é indica á la vez la naturaleza de «la gracia interna y espiritual» que mediante aquél se obtiene. Es asimismo instrumento material para transmitir la gracia, no por modo simbólico, sino de hecho; siendo de advertir que por el cambio sutil que en ella se efectúa en virtud de las ceremonias á que se la somete, se la hace apta para elevados fines.

Ahora bien; todo objeto físico está compuesto de partículas sólidas, líquidas y gaseosas, como el análisis químico demuestra; mas por añadidura contiene éter, cuyas moléculas compenetran á las substancias más groseras. Las energías magnéticas funcionan en este éter, el cual se halla también en inmediato contacto con elementos de materia sutil que le son correlativos, y donde actúan energías más sutiles que las magnéticas, de igual naturaleza que ellas, pero más potentes.

Cuando se magnetiza un objeto, se verifica un cambio en su porción etérea, cuyos movimientos ondulatorios se alteran y sistematizan, haciéndoles seguir los movimientos ondulatorios del éter del magnetizador, con lo cual viene aquella porción á participar de la naturaleza de éste; en su consecuencia, las partículas más densas del objeto, en quienes funciona el éter, llegan poco á poco á mudar la proporción ó tipo de sus vibraciones. Si el magnetizador tiene poder bastante para afectar los elementos correlativos más sutiles, los hará también vibrar al unísono consigo mismo.

Este es el secreto de las curas magnéticas: las vibraciones irregulares de la persona enferma se normalizan y acompasan conforme al diapasón de las vibraciones regulares del operador sano; y esto de modo tan preciso, como cuando con toques oportunos y repetidos se hace oscilar regularmente á un objeto que en forma irregular venga oscilando. Si un doctor magnetiza agua, puede curar con ella á un paciente; si magnetiza un paño y lo aplica al sitio dolorido, el enfermo sanará; si emplea un imán poderoso ó la corriente derivada de una célula galvánica, devolverá la energía á un nervio. En cualquiera de estos casos se pone en movimiento el éter, mediante lo cual, las partículas físicas más densas son afectadas.

Iguales á los susodichos son los resultados que se dan cuando á la materia de que se hace uso en un Sacramento, se aplican la Palabra de Poder y el Signo de Poder. Cáusanse cambios magnéticos en el éter de la substancia física, y se afecta á los sutiles elementos correlativos en un grado que guarda proporción con el conocimiento, pureza y devoción del oficiante que

(1) En el Sacramento de la Penitencia se omite la ceniza hoy día, salvo en ocasiones especiales; mas no por eso deja de ser parte del rito.

la magnetiza ó—hablando en términos religiosos—que la consagra. Además, la Palabra y el Signo de Poder atraen á la celebración del rito á los Angeles cuyo especial cometido les pone en contacto con las materias empleadas y con los actos que se ejecutan, y ellos entonces contribuyen con su poderosa ayuda, vertiendo sus propias energías magnéticas en los elementos sutiles y hasta en el éter físico, con lo que refuerzan las energías del celebrante. Nadie que tenga conocimientos, por someros que sean, sobre los poderes del magnetismo, podrá abrigar dudas acerca de la posibilidad de los cambios indicados en los objetos materiales. Y si un hombre de ciencia, que por ventura no crée en lo invisible, tiene poder, sin embargo, para impregnar el agua de su propia energía vital, hasta el punto de curar con ella una enfermedad física, ¿con qué razón se negarán más altos poderes, aunque de naturaleza semejante, á otros hombres de vida santa, de carácter noble, de sabiduría que transciende á lo que ven los ojos de la carne? Los que son capaces de percibir las más elevadas formas del magnetismo, saben muy bien que los objetos consagrados varían mucho en cuanto á su poder, debiéndose las diferencias magnéticas á la gradación diversa en que, respecto á conocimiento, pureza y espiritualidad, se hallan los sacerdotes que los consagran.

Hay algunos que niegan todo magnetismo vital, y que de igual modo desdeñan el agua bendita de la religión que el agua magnetizada de la ciencia médica. Estos tales son consecuentes, aunque ignorantes. Mas los que admiten la utilidad de la segunda, y se burlan de la primera, muestran á las claras no ser sabios sino preocupados, no doctos sino sectarios; prueban que su falta de creencias religiosas inclina sus inteligencias, y les predispone á rechazar de manos de la religión lo mismo que están prontos á aceptar de manos de la ciencia. Algo más añadiremos en el Capítulo XIV sobre los «objetos sagrados» en general.

Vemos, pues, que la parte externa de los Sacramentos es de la mayor importancia. Verifícanse cambios efectivos en las substancias usadas en ellos. Se las convierte en vehículos de energías superiores á las que naturalmente les son propias. Las personas que á ellas se acercan, que las tocan, logran el que sus cuerpos etéreos y sutiles sean afectados por su potente magnetismo, y colocados, por tanto, en condiciones de gran receptividad á más altas influencias, pues quedan acordados en la tonalidad de los elevados Seres á quienes atañen la Palabra y Signo en la consagración empleados. Entidades que pertenecen al mundo suprafísico estarán presentes á la ceremonia y vertirán sus agraciantes y bienhechoras influencias sobre los circunstantes; y así todos los dignos participantes del rito sacramental, los suficientemente puros y devotos para ser concertados con las vibraciones producidas, sentirán purificadas y estimuladas sus emociones, su espiritualidad vivificada, y llenos de paz sus corazones, mediante tan íntimo contacto con las realidades invisibles.

(*Se continuará*).



EL MISTERIO

(NATURALEZA Y RELACIONES DE LO MARAVILLOSO)

(CONCLUSIÓN)

IV

Es muy tarde y á fuerza de movernos demasiado cuando llegamos á distinguirnos del resto.

La razón no llega tan pronto á nosotros como parece, y nuestra ciencia la aumentamos de día en día á pedazos, en fragmentos, recibiendo poco á poco una porción que hasta entonces no hemos tenido.

Nacemos para los demás mucho antes que para nosotros mismos, y antes de presentarnos al mundo somos adivinados por él y sentidos con dolor y complacencia por la madre. Para nosotros venimos después, más tarde; venimos por el dolor personal ó por el placer del resto.

Nuestro verdadero mundo es un algo sin comienzo ni fin; una realidad ó una ilusión que no ha tenido principio para nosotros, y que no ha de tener término seguramente, aunque podamos sospecharlo á las puertas de la muerte.

El nacimiento de los demás, visto mil veces por nosotros, nos testimonia lo que se dice del nuestro; pero no nos dice nada irrevocablemente cierto sobre nuestra procedencia de la nada. Para nosotros hemos sido siempre y no recordamos por extraño olvido el no haber existido en una época anterior.

El mundo se nos presenta al mismo tiempo que nosotros, y lo último que se le ocurre al espíritu del hombre es pensar que el mundo exterior sea un sueño de su propio espíritu, una proyección de sus ilusiones ó de sus deseos sobre una pantalla inmensa colocada allá en lo infinito; una serie variada de proyec-

ciones sugestivas como las que puede llevar cualquier mago de feria en la película sin fin de su cinematógrafo.

Nuestro mundo primero, el de la infancia, es un mundo místico, único é idéntico á sí mismo. Es un mundo lleno y repleto de sí, de él. De ser á ser, de objeto á objeto, no hay diferencia ni separación alguna; todo es igual, porque todo es lo mismo, y todo es continuo porque no hay nada separado ni distante.

Los cuerpos son condensaciones específicas más ó menos solidificadas de la única realidad que existe, que por cierto no es la que así llamamos, sino esa que siempre escapa al examen que hacemos de las cosas: lo Incognoscible, el Misterio.

Sí; todo es uno y lo mismo. Todo es igual y continuo. Y la esencia de todo es el Misterio, que pasa por todos los cuerpos y las cosas ensartándolas secretamente, como, al decir de Juan Pablo, las acciones dramáticas de la tragedia griega se enlazan con un hilo subterráneo y oculto por la Fatalidad.

La simpatía y la acción á distancia no podrían explicarse sin esa continuidad de las cosas, sin su igualdad. Nada podría animarse si todo no tuviese el mismo espíritu, si el movimiento del mundo no fuese su única y verdadera alma: El Alma.

El hombre de ciencia más prudente que los sistemáticos científicos ha pedido auxilio á esta visión de la unidad del mundo para extender sus explicaciones de las cosas. Y la unidad de la materia, la resolución en una fuerza única de esas manifestaciones comunes de la misma, la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo le han servido de tanto provecho para la vida como las hipótesis de la gravitación ó la del punto matemático.

Las cosas suceden en el mundo como si semejantes hipótesis fuesen hechos incontrastables y ciertos. Los cálculos astronómicos se resuelven operando sobre los astros como si fuesen puntos en vez de cuerpos, y los fenómenos sociales se suceden como si realmente no hubiese más que un único cuerpo en la naturaleza.

Sí; parece extraño que apretando en esta esquina de la mesa, se mate á un mandarín en China, como decía Rousseau, pero las cosas suceden como si así debiesen ocurrir. La ley ó la coincidencia ocurre.

Hay hechos extraños en el mundo que es más fácil explicarlos por una continuación de las cosas que por una casualidad ciega, sin razón ni conciencia alguna.

Esta animación del mundo hizo adivinar á los asirios y babilonios la existencia de espíritus nocivos que pululan en el aire y en las cosas: los microbios modernos, que al caer en la platina del microscopio han perdido su espíritu pero se han dejado ver (1).

Esta animación y continuidad de las cosas ha creado el culto más antiguo y venerado del hombre: el de los muertos. Porque no creyéndolos muertos por completo, creyéndolos animados y poderosos se les creía siempre presentes y con fuerza para enviar el mal y la enfermedad á sus semejantes.

Esta animación se extiende á todos los seres del mundo, y el hombre extendiendo su cuerpo hasta donde llegan sus manos y su espíritu, hasta donde alcanza su pensamiento, tiene su estrella, su color, su animal, su planta, su hora y su instante.

Los astrólogos, que podrán ser despreciables cuando son soberbios, pero que se hacen amar cuando son ingénuos, no sólo han erigido para cada hombre un tema genetliaco, sino que animándole desde el momento de su concepción, han visto el influjo sideral determinándole para cada época anterior al nacimiento.

Esta animación del mundo ha llevado al hombre al culto á la naturaleza, adorándola por igual en muchas cosas desde puntos distintos y distantes. El parsi, el mejicano, el inglés y el español, por ejemplo, no extinguieran violentamente el fuego, apagándole con agua, escupiéndolo ó removiendo sus brasas con la punta de un cuchillo.

El vasco y el chino creen comunicar fuerzas á sus mujeres para el instante supremo de la maternidad, yaciendo con ellas y dividiendo las quejas.

Los salvajes de Norte América y millones de seres civilizados de Europa temen pisar su propia sombra.

Los kalmucos, los congaleses y nuestro mismo vulgo, lo mismo que el africano, creen que la epilepsia es una enfermedad sagrada y que el loco es un bendito.

La misma animación del mundo y la continuidad de las cosas ha creado el culto á los astros, al cielo, al árbol, del que tenemos restos entre nosotros en los vascos que veneran en cierto sentido á su célebre roble de Guernica.

---

(1) W. Georges Black.—*La medicina popular*, trad. de A. Machado y Alvarez.

La animación universal es la primer religión del hombre, y el primer culto que ha tenido ha sido el de la naturaleza, ocurriéndosele en último término adorarse á sí mismo, después de cansar sus sentidos en el mundo.

Cuando no podemos subir á las cumbres donde nacen los dioses y donde dictan sus leyes, volvemos las espaldas á las montañas, nos refugiamos en la ciudad, nos encerramos en el cuarto. El gabinete substituye al templo y el dios deja de ser algo visible y humano para ser nuestra propia pena ó nuestro pensamiento más triste.

Los dioses se hacen hombres cuando nos alejamos del mundo y nos retiramos de la vida. Y mueren los dioses fuera de su templo natural al encerrarlos en el arca de la alianza, y al guardarlos como cadáveres en los sagrarios católicos, donde yacen, no como cenizas humanas en columbarios de plata, sino como mohosos ungüentos que florecen por olvido en los más altos estantes de un droguero.

Las montañas del Epíro y Tesalia se esterilizan para los dioses cuando los griegos llevan sus divinidades á la ciudad y las transportan al templo y á la casa.

El dios supremo de los egipcios, El Nilo, cuando llega á tener una representación en los templos, muere y cesa de realizar milagros, como mueren los dioses de los norsos al descender de las cumbres para vivir con los hombres.

Los dioses hombres para vivir un momento más, para ser tan perdurables en el mundo como los dioses en su verdadero templo, en la montaña ó en el río, no tienen más remedio que escapar de la ciudad, del pueblo, confortarse en el huerto de las olivas y subir á la cima más elevada para dejarse crucificar sobre la cumbre ó devorar las entrañas. Y allí mueren de una vez para siempre sin resurrección posible, dejando, al rodar su cuerpo, el espacio que reclama el verdadero dios: la montaña misma, el volcán que se deshace en llamas, la encina de menudas y apiñadas hojas ó la rama humilde olvidada y polvosa que esparce por las faldas de la altura su perfume tónico y elegante.

Sí; todo el herbario humilde, la floración pequeña, la de formas extrañas evocadoras de la fecundidad y de la vida, son hijos del verdadero dios, los dioses menores de la Edad Media y los dioses menores de la Edad Moderna que, como dioses más gran-

des y benéficos, calman el dolor, proporcionan el sueño, exaltan la vida y producen el delirio y el amor.

El gamon, el laurel, la taragontia, el espantalobos, el turbino, el sauco, el malvavisco, la mostaza, el culantrillo, la belladona, el estoraque, la gramonilla, la ruda, el romero, el tomillo, las ramitas de tejo, el haba morisca, el herbario entero de la vieja Celestina es un alud de dioses tan poderosos y fuertes como los dioses de Grecia y Roma. Más eficaces aún porque con ellos se comulga, porque de ellos se impregna el hombre recibiéndolos no sólo en el estómago, sino sobre el pecho, el corazón, los brazos...; no como hostia de trigo, el *soma* de los indos, sino como alimento, como medicina, como tónico, como estímulo, como aliento.

He ahí la santa eucaristía del culto primitivo, del primero y más antiguo del mundo: la recepción de los dioses, la entrada del Misterio en nosotros y nuestra inmersión en él.

Al animar la naturaleza la hemos glorificado dirigiéndonos hacia ella. Hemos hecho la oración y el sacrificio instituyendo el culto.

Orar y sacrificar son los hechos más antiguos y más viejos del espíritu humano; los dos más eternos y perdurables. Orar y sacrificar es pedir, es sentirse inferior y dominado, es querer y querer como queremos en frente de algo que no obra con arreglo á nuestro deseo y á nuestro instinto.

¿A quién se reza? ¿A quién se pide? Al Destino, á la razón oculta de las cosas, á la cual el espíritu del hombre se dirige por medio de la ofrenda, del sacrificio de la donación.

El sacrificio no es más que una donación del hombre á la naturaleza; un presente que simboliza nuestro deseo de penetrar y confundirnos en el Misterio. El mechón de cabellos que Orestes deposita sobre la tumba de Agamenon, representa su propia cabeza, como la mano que se tiende para sellar la amistad y el reconocimiento, representa la entrega de toda nuestra alma en favor del amigo que la estrecha.

La donación, el regalo, el presente, el simple ofrecimiento y la promesa, verdaderas cesiones de nuestro mismo cuerpo, de nuestro propio espíritu, son deseos de penetrar en el Misterio; son entregas, verdaderos sacrificios, donde sin derramamiento de sangre del cuerpo, se derrama, sin embargo, la sangre espiritual, nuestra energía, la fuerza de obrar, la fuerza que po-

seemos para adquirir lo que pedimos: la voluntad, la vida. De pies ó de rodillas, rezando á Dios ó suplicando á los hombres, ofreciendo á los santos ó regalando á las gentes oramos; y nuestra oración es un sacrificio de la voluntad ante el Destino; para que sea nuestro deseo entregamos á los dioses nuestra fuerza para que con ella lo realicen.

De pies ó de rodillas al suplicar á los dioses ó á los hombres nos echamos por completo en el platillo de la balanza que deseamos sobrepese. Sí; la súplica, la donación, el sacrificio, son tentaciones á la virtud del Destino, invitaciones á la prevaricación y á la injusticia de los dioses. Adulaciones sublimes, interesadas como las adulaciones corrientes, hijas del débil, del pobre, del detenido.

Y orar es morir, porque orar es entregar, ceder, dividir, distribuir la vida en fragmentos, en pedazos. Se ora pidiendo, y se pide dando; dando la fuerza de hacer, para recibir la cosa sin esfuerzo aparente. Pero después de haber dado todo: la acción y la voluntad.

«Señor, puedo hacer y no hago: muévete por mí, y á trueque de la acción que te suplico recibe este tiempo, este no tiempo, que te entrego.»

He ahí toda la oración humana, cuyas palabras se abrevian en el regalo, el don, el presente, en el favor, en la blasfemia, en suma, donde se reza más deprisa que nunca. Sí; la blasfemia es mala, porque es una oración muy corta en la cual se piden muchas cosas.

Señores: no quiero deteneros más tiempo por hoy. Hay mucho que decir todavía, y no puede decirse todo tan pronto como se quiere. Como yo deseo.

No he hecho más que mostraros el Dolor y el Misterio. El rostro de esa realidad velada no puede adivinarse sin destocarla, á menos de palpar sobre su velo. Es lo que he querido hacer.

Ahora recordad que todo mito, que toda superstición vale y significa más de lo que comúnmente se cree, porque como obras del espíritu, indican un instinto no satisfecho y como obras de los hombres y de la historia, el deseo de ser, de ser, no de cualquier modo, sino como debemos de ser: siendo.

RAFAEL URBANO.



UN GÉNESIS SALVAJE

Narración de los indios Tupi.

La narración que sigue á estas líneas apareció por primera vez en la obra *O Salvajem do Brasil*, del Dr. Couto de Magalhaës. El sabio brasileño la oyó referir á los propios indios *tupí* ó aborígenes del Brasil, entre los cuales vivió mucho tiempo, y cuyo idioma conocía como el suyo propio. Sirvió también de modelo en el texto del *Curso de lengua tupí* del mismo autor, y fué, por último, incluída entre los *Cuentos populares del Brasil*, del Profesor Silvio Romero, que es de donde nosotros la hemos traducido, valiéndonos para las voces indígenas del *Diccionario de vocábulos Brazileiros*, del Vizconde Beaurepaire-Rohan.

Tal narración tiene no poca importancia para el mitólogo en general por su semejanza á veces clarísima con ciertos mitos europeos, y la tiene especial para el investigador teosofista por todo lo que refiere acerca del mito de «*la Cobra-grande*», ó sea la Gran Serpiente, de la que tanto se habla en *La Doctrina Secreta*, y que interviene muy especialmente en esta leyenda.

Sabido es que los términos *Cobra* (serpiente, en brasileño), *Nãga* (ídem, en sanskrito), *Naga* (en los dialectos del Extremo Oriente), *Nagal* (en los idiomas americanos arcaicos), y otros muchos, cuando se relacionan con lo mítico, tienen un origen común, siendo todos ellos reminiscencias de una tradición universal, de un mundo primitivo, en el que hubo «hombres-serpientes». Sobre esto ha dicho H. P. Blavatsky en su *Doctrina Secreta*, más que todos los Schoebel oficiales en sus pomposas y huecas obras (*Le Mythe de la femme et du serpent*, etcétera, etc.), y algo de ello recordaremos de propósito como ilustración al curioso génesis tupí que traducimos.

H. P. Blavatsky nos remite al *Taittirîya Brâhmana*, en donde se refiere de qué modo del aliento de Brahmâ-Prajâpati surgieron los *Asuras* (no-dioses) enemigos de los *Suras*. Estos Asuras y sus «Huestes» fueron los «Angeles Caídos» «Rebeldes» de las iglesias cristianas y las «Jerarquías espirituales» de las demás religiones.

Sus «Huestes» estuvieron formadas, entre otros seres, por Titanes,

Dæmones, Gigantes y NÂGAS *(Cobras)* creaciones *semidivinas* con cara humana y cola de dragón. Más tarde este nombre de *Nagâ* sirvió también para denominar á ciertos ascetas Iniciados, de inmenso poder y sabiduría. La *Cobra-grande* de la leyenda brasileña hace referencia tal vez á uno de estos últimos seres, cuya representación encontramos por otra parte en casi todas las narraciones cosmogónicas arcaicas.

Dice así la narración tupí:

CÓMO NACIÓ LA NOCHE

Durante el principio no había noche; día solamente.

La noche estaba adormecida en el fondo del agua.

No había animales; todas las cosas hablaban.

Cuéntase que la *Cobra-Grande* tenía una hija que se casara con un joven.

Y el joven tenía tres vasallos fieles.

Un día llamó á los tres y les dijo:

«Id á pasear; mi mujer no quiere dormir conmigo.»

Los vasallos se fueron. Entonces él llamó á su mujer para dormir.

Pero su mujer le dijo: «Aún no es noche.»

«¡Si no hay noche! Sólo hay día...»

«Mi padre tiene noche. Si quieres dormir conmigo, manda á buscar la noche por el río.»

El llamó á los tres vasallos; su mujer los envió á casa de su progenitor para ir á buscar una semilla de *tucuman* (1).

Cuando llegaron á casa de la *Cobra-Grande*, ésta dióles el grano de *tucuman*, cerrado perfectamente, y les dijo:

«¡Aquí está, ea, llevároslo, no lo abráis! Si le abrís, os perderéis.»

Los vasallos se fueron; en seguida empezaron á oir ruido dentro del grano de *tucuman: ten! ten! ten!, ten! ten! ten!*

Era ruido de grillos y de sapitos juntos, como cuando cantan por la noche.

Cuando los vasallos estaban ya lejos, uno de ellos dice á sus compañeros:

«¿Qué será este barullo? ¿Vamos á verlo?»

Pero el piloto dijo: «No; de lo contrario nos perdemos. Remad, vamos en buena hora.»

Ellos se fueron. Y seguían oyendo el barullo, sin saber lo

(1) Palmera del género *astrocaryum*.

que era. Estaban muy lejos ya, cuando se reunieron en medio de la canoa para abrir el grano de *tucuman*... para ver lo que había dentro de él.

Uno encendió fuego y los otros derritieron la brea que estaba cerrando la puerta del grano de *tucuman*.

En cuanto le abrieron, he aquí de pronto la noche densa ya...

Entonces el piloto dice: «¡Nos perdimos! ¡La joven ya sabe en su casa que hemos abierto el grano de *tucuman!*»

Ellos siguieron el viaje.

La joven en su casa dijo á su marido:

«Esos soltaron la noche. Ahora vamos á esperar la mañana.»

Entonces todas las cosas que estaban desparramadas por el bosque se convirtieron en animales, en pájaros...

Todas las cosas que estaban esparcidas por el río se convirtieron en patos, en peces; el toldo del barco se convirtió en onza.

El pescador se convirtió con su canoa en pato; su cabeza, en cabeza de pato; sus remos, en piernas de pato; la canoa, en cuerpo de pato.

Cuando la hija de la *Cobra-Grande* vió la estrella del alba, dijo á su marido:

«Viene la mañana; voy á dividir la noche del día.»

Entonces ella siguió diciendo:

«Tú, *Jucubin* (gallo?) servirás para cantar cuando venga la mañana.»

Así que hizo al Jucubin, le blanqueó la cabeza con *tabatinga* (arcilla blanca), le enrojeció las piernas con *urucú* (tinte del arbusto *Bizá*) y le dijo:

«Cantarás por siempre cuando llegue la mañana.»

Después continuó el discurso y dijo:

«Tú, *Inambú*, servirás para cantar á la tarde, á la noche, á la media noche, alta noche y madrugada.»

Desde entonces acá, los pájaros cantaron en horas propias cuando viene la mañana, para alegrar el día.

Cuando los tres vasallos llegaron, díjoles el joven:

«¡Vosotros no fuisteis fieles! ¡Soltasteis la noche! ¡Vosotros hicisteis que se perdieran las cosas! Por esto os convertiréis en insignificantes macacos para siempre jamás; andaréis por las ramas de los árboles, trepando por ellos...

V. D.-P.

Madrid Julio de 1903.

EL TALMUD EN LA HISTORIA

«DESDE Justiniano, que ya en 553, antes de Cristo, distinguió al Talmud con una *Novella* especial y restrictiva, hasta Clemente VIII, y posteriormente, por espacio de mil años ambos poderes, espiritual y temporal, reyes y emperadores, papas y antipapas, rivalizaron entre sí en lanzar anatemas, bulas y edictos de confiscación y destrucción contra este desgraciado libro.»

Así dice Manuel Deutsch, y ciertamente su gráfico y romántico panegírico fué el que dió por vez primera al público inglés una razonada noticia del Talmud y su historia (1).

Aunque haya sido últimamente discutido (2), no cabe duda que si es al Talmud á lo que se refiere Justiniano en su edicto «Concerniente á los Judíos» de Febrero de 13.553, sería muy probable que Deutsch estuviera en lo cierto. Por esta humillante Novella se prohibía á los infortunados hebreos usar en las sinagogas otras versiones de la Torah que la traducción griega ó latina. Les fué severamente prohibido leer la Ley en hebreo, y sobre todo hacer uso de la denominada «segunda edición» *(secunda editio)*, que evidentemente estuvo escrita en hebreo ó arameo. Esta «segunda edición» no podía referirse á otra cosa que á la Mishna y sus complementos, pues el equivalente griego de *mishna* era δευτέρωσις generalmente relacionado, aunque de modo imperfecto, con el significado hebreo de «segundo rango», ó forma de la Ley en vez de «enseñanza» en su sentido secundario de «repetición».

Semejante impolítica tiranía en los más obscuros días del

(1) Deutsch: «What is the Talmud?», en *The Quaterly Review* (Londres), Octubre 1867.

(2) Popper (W.): *The Censorship of Hebrew Books* (New-York, 1899). Es la mejor obra que se ha publicado sobre las persecuciones del Talmud. Contiene además una excelente bibliografía literaria en las págs. IV y V.

más obscuro eclesiasticismo, no podía conducir sino á hacer del Talmud la enseñanza más querida de los judíos, por cuya fe fueran más perseguidos, la más inmediatamente unida á la causa de su martirio, aquella tradición, en suma, en la que ningún cristiano había tomado participación. El Talmud, pues, fué gradualmente, siendo más precioso para los judíos que la Torah misma, que por traducción había devenido propiedad común de los gentiles, de los cuales casi nadie en este tiempo, en el mundo Occidental, podía leer una palabra del original hebreo.

Esta ignorancia engendró odios y temores hasta el punto de que en el siglo XI encontramos todos los excesos de un brutal fanatismo desencadenado contra los malaventurados hebreos, cuando los cruzados en su salvaje carrera hacia Constantinopla dejan en pos de ellos un sendero de desolación, de sangre, de fuego, de niños asesinados y de humeantes pilas de hebreos atropellados. Se dice que después de esta avalancha de crueldad y destrucción apenas si quedó en muchas ciudades un solo libro de oraciones para uso de toda la Sinagoga. Este es otro pasaje de la novela de las Cruzadas, sobre el cual nuestros libros escolares no dicen una palabra. No pocas veces las Cruzadas degeneraron en verdaderas cacerías de judíos, hecatombes de hebreos, con las que éstos pagaron de nuevo su antigua deuda de la muerte de Cristo, cuyo corazón inmortal, podemos creer, sentiría inmenso dolor ante el salvajismo de los que se decían sus partidarios.

Hasta el siglo XIII, empero, no se da fe del establecimiento de las Ordenes Mendicantes y de aquel instrumento de terror conocido con el nombre de la *Santa Inquisición* que nosotros unimos á lo que pudiera denominarse la destrucción oficial de libros hebreos, siendo lo más triste de esta desgraciada historia el que en no pocas ocasiones fueron judíos quienes contribuyeron á entregar á las llamas los libros de su raza. La primer quema oficial de libros hebreos se realizó en 1233 en Montpelier, donde un judío, antimaimonidista fanático, persuadido por los Dominicos y Franciscanos de la Inquisición, sin conocimiento de la rivalidad puramente interna que existía entre conservadores y liberales dentro del judaísmo, arrojó á las llamas las obras todas del gran Maimónides.

En el mismo año fueron quemados en París nada menos que

12.000 volúmenes del Talmud. Los conversos informaron á los que no podían leer una línea de su gran literatura, á los que tan ciegamente deseaban extirparla, é indicaron minuciosamente los lugares donde habían sido ocultados los preciosos manuscritos de sus antiguos correligionarios.

En 1236, Donin, un converso bautizado con el nombre de Nicolás, formuló ante el papa Gregorio IX treinta y cinco acusaciones formales contra el Talmud, siendo la principal de ellas la de que empleaba un lenguaje blasfemo al hablar de Jesús y de María. Pocos años después (Mayo ó Junio de 1239), Gregorio envió á los gobernantes, tanto temporales como espirituales de Francia, Inglaterra, Castilla, Aragón y Portugal, un severo decreto recomendando que se apoderasen de toda copia del Talmud que estuviese á su alcance. A este fin se nombró en Francia una comisión compuesta por dos Obispos y un Dominico, desconocedores en absoluto de la lengua hebrea, y el Talmud fué inmediatamente condenado á las llamas. Los judíos, empero, protestaron contra el cruel decreto con tal energía, que la ejecución de la sentencia fué suspendida y se apeló en contra de la acusación de Nicolás, encargándose de la defensa cuatro Rabbies franceses.

«Después de intentar invalidar la mayor parte de los cargos, los Rabbies llegaron al punto más importante y reconocieron que, en efecto, el Talmud contenía referencias menospreciativas para un tal Jesús, pero que teniendo en cuenta los datos del Talmud y aun otras demostraciones suministradas por los primeros padres de la Iglesia, intentaban demostrar que tales alusiones se referían á otro Jesús que había vivido algún tiempo antes del Jesús de Nazareth» (1).

Es innecesario añadir que, á pesar de esta declaración, los pobres Rabbies no lograron convencer á la comisión, y que el Talmud fué de nuevo y definitivamente condenado. Nada menos que veinte cargas de manuscritos fueron reunidas en París, y en Junio 17, 1244, un enorme *auto de fe* destruyó cerca de 17.000 ú 18.000 volúmenes entre sus llamas, que alcanzaron á toda residencia judía del Santo Imperio romano, y destruyeron aquel tesoro de tradición que los Rabbies estimaban más que sus vidas.

(1) Popper, *op. cit.*, pág. 10.

Con la condenación del Talmud, fué realmente condenada toda la literatura hebrea. Así en 1263 encontramos otro converso bautizado bajo el nombre de Paul Christian, induciendo al Papa á enviar una orden para que todo manuscrito encontrado en Aragón, fuese examinado y destruído ó religiosamente expurgado si contenía algún pasaje enojoso para los cristianos. En 1266 encontramos en Barcelona una comisión reunida con el mismo objeto.

En Inglaterra, empero, el Talmud no fué aparentemente destruído sino por el método de la expulsión total de los judíos, puesto también en práctica en otras naciones. Encuéntrase, sin embargo, que Honorio IV escribe en 1286 al Arzobispo de Canterbury despertando su atención acerca de este «perjudicial libro», y amonestándole severamente para que no se le leyera (sin duda para no le leyera algún judío, pues los cristianos, por su ignorancia del hebreo, no podrían hacerlo) porque en opinión del Papa «toda maldad nacía de él», lo que prueba que las tradiciones y enseñanzas del Talmud no estaban limitadas á los judíos solamente.

En medio de todo este maremagnum de anatemas, un solo Papa, Clemente V, dió algunas señales de sentido común. Antes de condenar el Talmud sin hojearle, deseó tener alguna idea de él, y en 1307 propuso la creación de unas cátedras para el estudio del hebreo, caldeo y árabe en las Universidades de París, Salamanca, Bolonia y Oxford. Pero este propósito liberal no llegó á realizarse, y aunque se observa que cierta calma reemplazó al estado agudo de persecuciones de 1232 á 1322, más parece que debe atribuirse al gran secreto mantenido por los mismos judíos para transmitir de generación en generación los restos de su literatura, que á una mayor tolerancia por parte de las autoridades, pues nosotros vemos que ni aun la más simple de las oraciones hebreas pudo escapar al sutil refinamiento de las acusaciones lanzadas por los informadores inquisitoriales. Así vemos que en Alemania, un tal Pessah, que en su conversión tomó el nombre de Pedro, declaró que los libros de oración hebreos contenían secretamente ataques sobre el Cristianismo (1). Lo que sigue es una curiosa muestra de este furor acusatorio.

---

(1) Dalman da el texto original de dieciséis oraciones de la Liturgia sinagógica, después expurgadas.

En una de las más famosas y aparentemente más inofensivas oraciones judías, en la que se ensalza la omnipotencia de Dios sobre la tierra, hay un pasaje que dice: «Él no ha hecho nuestra portion igual á la de ellos, ni nuestro lote como el de las multitudes. Porque ellos adoran y se inclinan ante ídolos y *vanidades.*» La frase «y vanidades» escrita en hebreo sin puntos ni vocales, resulta así: W RK; y por un conocido método de computación cabalística, la suma de estas letras-números da por resultado 316, ¡precisamente el mismo que el que tienen las letras JShU, ó Jeschu, forma talmúdica de Jesús!

Así había, según Pessah, ataques contra el Cristianismo, aun en las más inocentes oraciones de los judíos; y lo verdaderamente maravilloso es, que á través de semejante enconada é inexorable persecución, se salvasen escritos hebráicos. Seguramente, á no ser por las inagotables fuentes de Oriente, y por la maravillosa memoria de los Rabbies, el triunfo del Destructor hubiera sido completo, y la Inquisición hubiera borrado el Talmud de la faz de la tierra.

Con el Renacimiento, empero, y el enorme ímpetu impreso entonces á los estudios liberales merced á la invención de la imprenta (1), dióse en cierto modo algún descanso al siempre perseguido Talmud, pero ni aun así estuvo su libertad asegurada, pues aunque los infortunados hebreos no tuvieron ya que temer la absoluta destrucción de sus libros, aún quedaron sujetos á la mortificante tiranía de la censura oficial.

Ciertamente, aun en esta edad de relativa ilustración, los más enconados enemigos del Talmud conservaban la esperanza de resucitar la antigua campaña del exterminio con todos sus terrores, y triste es confesarlo, pero la historia de todos los desórdenes de esta segunda etapa de persecuciones es aún casi completamente «una historia de apóstatas» (2).

No hablaremos del gran enemigo, de Víctor von Karhen, judío alemán que devino fraile dominico á últimos del siglo XVI; el nombre más saliente es el de Joseph (bautizado como Juan) Pfefferkorn de Moravia, nombre aborrecido sobre todo otro por los mismos judíos de nuestros días. Pfefferkorn, aliado también con los dominicos, publicó en 1507 su primer ataque en el exa-

(1) El primer libro hebreo impreso, fué probablemente un comentario de Rashi sobre la Torah (Febrero, 17, 1475).

(2) POPPER, *op. cit.*, pág. 22.

gerado tratado *Der Judenspiegel*, en el que se intentaba dar un golpe de muerte al judaísmo y especialmente á los escritos talmúdicos. Y ciertamente Pfefferkorn colmó en principio todas las esperanzas, pues el inmediato resultado de su agitación fué inducir al emperador Maximiliano á resucitar el admirable tiempo de las confiscaciones, las cuales fueron llevadas á cabo bajo la dirección de Pfefferkorn, quien conocía muy bien donde había que poner la mano á los valiosos libros de sus antiguos correligionarios. Más á este tiempo, como dice Deutsch, «le correspondía una conflagración de muy distinta especie».

Reuchlin, el distinguido humanista, el más famoso helenista y hebraizante de su tiempo, fué señalado para formar esta comisión. Su ilustrado espíritu se negó á condenar el Talmud sin una previa y atenta investigación. Y de acuerdo con esto púsose á trabajar á su minucioso modo hasta hacerse dueño de su voluminoso contenido. El Talmud había encontrado un espíritu imparcial entre sus jueces, mejor dicho, un valiente defensor, pues en 1510 Reuchlin lanza su famosa contestación á los ataques de Pfefferkorn en la que se declaraba abiertamente en favor del perseguido libro.

Originóse con tal motivo una gran contienda en la que las apretadas huestes de la teología oficial y del obscurantismo se confabularon contra el osado campeón de la ilustración tolerante y de la recta justicia. Europa se inundó de libelos, las facultades lucharon entre sí sin excepción, pudiendo decirse que todas las universidades se unieron en contra suya. La facultad de Mainz, entre otros egregios conceptos, adelantó la curiosa proposición de que como la Biblia hebrea no concordaba con la Vulgata (traducción latina de San Jerónimo), los hebreos la habían falsificado manifiestamente en muchos lugares, especialmente en la enunciación de las «referencias originales» relativas á Jesús en el Viejo Testamento, las cuales habían sido alteradas deliberadamente.

Habiendo permanecido solo, Reuchlin hubiera sido desde el principio arrollado por sus innumerables enemigos; pero á su constante crédito pudo añadir un escogido bando de ilustrados y valientes compañeros, los Humanistas, quienes, aunque fueron denominados *Talmudphili*, declaráronse «Caballeros del Espíritu Santo» y «Hueste de Pallas Athenea» luchando por el Cristianismo y no por el Talmud como Talmud.

Por último, el Papa León X acogió á Reuchlin; pero el escándalo fué tan grande, que al fin flaqueó y en 1516 encontró un camino para salir de aquella confusión promulgando una bula para que en lo futuro ningún libro fuese publicado sin previo examen de un censor oficial. El gérmen del «Index Expurgatorius», «Index Librorum Prohibitorum» había sido lanzado (1).

Pero antes de que este instrumento de supresión y de prohibición fuese puesto en práctica, la primera edición completa del Talmud hubo de escapar á la censura, siendo impresa en 1520 en Venecia, al propio tiempo que sonaba el despertar en Alemania y que Lutero entregaba á las llamas la bula papal en Wittenberg.

De este modo, gracias al valor de Reuchlin y al de los que se unieron á él, pudo escapar el Talmud á las llamas. Y no sólo sucedió esto, sino que comenzáronse á estudiar los tesoros de la literatura hebrea, y en Italia dióse comienzo á una grande industria con la impresión de libros hebreos, por lo que algunos escritores denominan acertadamente á esta época la «Edad de Oro» del Talmud. Los espíritus más cultos de entre los Humanistas se empaparon de «Filosofía judaica» y resucitó la edad de la Kabbalah y de la cultura mística.

Pero no era de esperar que este enconado espíritu de persecución cediese ante las beneficiosas influencias despertadas conformándose con la mera censura; antes al contrario, tal tendencia humanizadora exasperó los ánimos hasta el punto de que en 1550 el cardenal Caraffa, el Inquisidor general y—dado tal enlace, el imprescindible añadido—un Dominico, hacen brillar de nuevo las llamas sobre el Talmud. El cardenal se procuró una bula del Papa anulando todo permiso para estudiar el Talmud y lanzándola á la publicidad se apoderó, ayudado por sus favoritos, de toda copia que encontró en Roma y las arrojó á las llamas.

Afortunadamente este fué el último aliento de la vida del Destructor bajo esta forma, y ya en lo futuro no se volverán á nombrar las hogueras. De aquí en adelante el Talmud fué entregado á la discreta indulgencia de una censura ignorante, y de aquí á una deliberada censura, por medio de la cual toda sen-

---

(1) Desde este día en adelante el Talmud quedó para siempre en el *Index*, en el que aun hoy mismo continúa.

tencia que por cualquier medio hiciera referencias al Cristianismo fué omitida por los mismos judíos hasta donde sus libros podían resistir sin una definitiva extinción.

Tal expurgación fué hecha por manos ignorantes hasta que gradualmente se ordenaron listas de pasajes, hechas seguramente por conversos, con el fin de servir de guía á los indoctos encargados oficiales; y por último, en 1578 fué publicada la edición «autorizada» de Basilea conforme con la censura y con las decisiones del famoso Concilio de Trento, sobre cuya edición han venido haciéndose las posteriores de la célebre obra. Y aún más: los Rabbies mismos formaron comités de censura (1) para evitar que ningún libro impreso por sus correligionarios despertase el encono de las autoridades. Asi los siglos XVI y XVII vieron circular una literatura hebrea profanada y desfigurada, de la que no solamente se había extirpado toda base de ofensa para el Cristianismo, sino toda base de cualquier especie de ofensa (2). De esta ridícula y enfermiza susceptibilidad, pronta á encontrar ofensas en las más sencillas palabras y frases, puede verse una muestra en la humorística descripción de Deutsch:

«En la edicion de Basilea de 1578... que ha quedado como clásica desde entonces, esa estraña creacion, ese ser denominado el Censor, interviene. En sus anhelos por protejer á la «Fe» de todo peligro (toda vez que en el Talmud se suponian encerradas las mas horrendas cosas contra el cristianismo en las mas inocentes palabras) llega á decir cosas verdaderamente maravillosas. Cuando, por ejemplo, se encuentra algun antiguo romano que jura en el libro por el Capitolio ó por Júpiter de Roma, inmediatamente nace la sospecha en su espíritu. Seguramente este romano es algun cristiano... y el capitolio, es el Vaticano... y Jupiter, el Papa. Y así como imigina Roma podia imaginar el lugar que quisiere. El lugar favorito parece haber sido Persia, á veces es Aram ó Babel. Asi este buen Romano puede un día encontrarse jurando por el Capitolio de Persia ó por el de Júpiter de Aram ó Babel. Pero cuando el Censor es dominado por verdaderos terrores es cuando aparece la palabra 'gentil'. Porque un 'gentil' no puede ser otra cosa que un cristiano, ya

(1) En 1631 los Judíos constituyeron un sínodo en Petrikau, Polonia, y decidieron omitir todos los citados pasajes por miedo á los cristianos. En la edición de Amsterdan, sin embargo, (1644-1648) se encuentra el Talmud sin tales alteraciones.

(2) Vid. Popper *op. cit.*, cap. 8 y 9.

viva en la India ó en Atenas, en Roma ó en Canaan; ya sea un buen gentil — como hay muchos en el Talmud— ó un malvado. El le hace cristiano inmediatamente á su antojo - sea Egipcio, Arameo, Amalecita, Arabe ó Negro y á veces un todo, como en el terminos «gentes». Hablamos estrictamente á la letra. Todo esto aparece en nuestras principales ediciones.»

Deutsch mismo es un judío convertido al cristianismo cuando escribe su famoso artículo en 1867, á pesar de lo maravillosamente que se diferencia de sus predecesores medioevales que llevan su ataque sobre el Talmud y con la fuerza de su ataque singulariza expresamente cada uno de los pasajes expurgados. Deutsch no les perdona una noticia, ni el que ellos fueran la causa de tanta confusión, y nos proporciona el nuevo y agradable espectáculo de un hebreo converso haciendo la más brillante defensa del Talmud que se ha escrito fuera de la ortodoxia Judía.

Para el estudiante de la historia y para el espectador de los destinos de las naciones, los procedimientos del indocto censor tienen verdadero interés. Parece como si por una curiosa vuelta de la rueda kármica los verdaderos métodos usados deliberadamente por los judíos en los remotos tiempos de la génesis del Talmud hubieran retrocedido para castigar contra su voluntad el espíritu del judaísmo. ¡Cuán á menudo en aquellos días de amargas luchas religioso-políticas no sustituyeron ellos Babilonia ó Edom por Roma, y ocultaron su verdadero pensamiento y su sentir bajo los adornos y las apariencias! Lo que ellos no hicieron voluntariamente fué ahora hecho involuntariamente por las torpes manos del censor. ¿Quién duda que un profundo estudio en este sentido nos revelaría algún hecho oculto? Como Deutsch dice, y en su más amplio sentido sigue siendo cierto hasta hoy:

«Hemos investigado por todas partes con motivo de un libro especial sobre el asunto que podríamos decir tema de nuestras observaciones, libro que podría ser una mera traducción de cierta «Introducción» del siglo XII entremezclada con acusaciones y acompañada de errores, pero que desde el punto de vista de la cultura moderna debemos juzgar imparcialmente aunque no sea más que por respeto á su edad... Libro que nos conduce á través de estupendos laberintos de hechos, de pensamientos, de fantasías, de todo lo que forma el Talmud; que nos agrada

con su *jeroglífico* saber encantado y absurdas proposiciones y silogismos; que sabe perdonar salvajes explosiones de pasión y no juzga rígidamente ni con ligereza de las cosas; cuyo verdadero sentido puede haber sido *ocultado bajo las campanillas y la alegre careta.*»

Subrayamos las palabras que señalan un importantísimo elemento en el Talmud, especialmente con relación á nuestro estudio, un elemento de misterio cuyo secreto radica en textos en los cuales ciertos pasajes han sido deformados, y que cuando sean críticamente restaurados á su original pureza nos revelaran su pura objetividad. Este elemento hará que el Talmud sea durante mucho tiempo un estudio tan penoso como el de aquellos extraños libros de alkimia á los cuales tan acertadamente los comparaba Reuchlin. Mas á despecho de esta gran dificultad puede ser que con un profundo estudio de este elemento y la ayuda de los métodos de un subjetivismo científico, al cual nos hemos referido en nuestro primer artículo, pueda esparcirse alguna claridad en no lejanos días, aun sobre aquellos pasajes que el odio y el temor de los siglos han señalado como relacionados con Jesús en el Talmud.

G. R. S. Mead.



EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(Continuación.)

Fijando la atención en el variadísimo cuadro que presenta la totalidad del universo, y en la unidad que explica su armonía, cabe afirmar que es un conjunto disimétrico, ó por mejor decir, un organismo, una organización, no un mecanismo, no una máquina. Mas ya no es lícita semejante generalización cuando se hace del universo un ser organizado á la manera de los seres organizados *individuales*. ¿Se atreverá alguien á sostener que la *universalidad* y la individualidad deben estar organizadas de un mismo modo, de un modo disimétrico? ¿Qué significaría una afirmación semejante? Pasteur asimila cosas muy diferentes. El universo es lo indefinido, lo inmortal, el todo; el individuo es lo limitado, lo perecedero, la parte; ¿por qué esta diferencia radi-

cal, si su materia (igual para ambos en propiedades), se halla organizada en idéntica forma en ambos? (1)

No olvidemos tampoco que la unidad del universo es meramente ideal, resultado de una deducción de nuestro pensamiento y de una necesidad de nuestro espíritu. La unidad del individuo es, por el contrario, real, comprobable, consciente. Ahora bien; si los organismos no difiriesen en su constitución de la constitución universal, sería imposible que ofrecieren esa interioridad singular y esa inmanencia de vida formal en su esencia intrínseca.

Por último, la teleología enseña que el individuo obra á causa de un fin, y este fin es un finíntimo, es el propio. No se podría decir lo mismo del universo que en sí no tiene fin alguno, siendo, por el contrario, fin para Dios y medio para el hombre, y no adquiriendo la conciencia absoluta de sí mismo sino en el hombre y por Dios (2). Debe entenderse bien que esta solución nada tiene de negativo para la concepción que combato, tomada en su generalidad. Sin considerar á Dios como el alma del mundo —error del que no puedo en este lugar hacerme cargo—no cabe desconocer lo plausible que es bajo muchos respectos la comparación de los que ven en el mundo un vasto organismo, como decía santo Tomás, un gran animal, como quiere Ocken. Así como en un cuerpo organizado todos los miembros están subordinados entre sí, en el mundo, por razón de su limitación intrínseca, hay necesariamente un enlace de fines y condiciones, una determinación y una relación mutuas que hacen de cada parte un reflejo del todo, de cada organismo concreto un significativo diseño del organismo universal (*microcosmus*). Este es el camino por

---

(1) Esta reflexión se aplica á las relaciones espaciales, y pudiera aplicarse á las relaciones de tiempo, siguiendo el método de Littré (*La science au point de vue philosophique*, pág. 33[illegible] en su crítica del concepto de la sociedad como organismo. Este, en cuanto tal, nace y muere después de haber recorrido diferentes edades. Al modo como el proyectil encierra una fuerza capaz de hacerle llegar á un punto dado del espacio y no más allá, así el germen vivo encierra fuerzas con que llegar á un término dado en el tiempo, á ese término que Fontenelle, moribundo, llamaba una «dificultad de ser», una imposibilidad de ser. Ahora bien, en el universo se encuentra el nacimiento y el desenvolvimiento de la vida, pero no la vejez y la muerte Verdad es que á esto se puede replicar con la teoría de Strauss (*Der alte und der neue glauve*, III, 2), ampliada por Reuscher (*Philosophie und naturwissenchaft*, pág. 101), por Lange (*Geschichte des materialismus*, t. II, pág. 322), y por Büchner (*Licht und leben*, pág. 99), según la cual aquella analogía sólo es referible al universo, como inmensidad, pero no como mundo (el sistema solar, por ejemplo). Sin embargo, aun aquí está reconocida dicha analogía, que por lo demás, no cuenta con el apoyo, sino con la oposición neta de físicos, como Thomson y Clausius, y de astrónomos como Epping y Praff. De las obras de estos últimos autores y de los problemas metafísicos que sugieren relativamente á las doctrinas *circulistas* de la cosmología monista alemana, hablo ampliamente en mi libro inédito sobre *La filosofía de Santo Tomás*, t. I.

(2) Esta misma antítesis establece el panteísmo, afirmando que «Dios no es personal más que en el hombre, y el hombre no es inmortal más que en Dios». De aquí la definición de religión como «el sentimiento de nuestra sumisión á la ley que nos revela nuestra conciencia y aun el de nuestra unión íntima con el autor de esta ley objetiva». (Jundt: *Histoire du pantheisme populaire.*)

el cual la ciencia moderna cree que puede demostrarse la legitimidad de la teleología en el terreno de la filosofía natural.

VII. — Base biológica de la concepción hilozoista

Tratándose de una doctrina nacida en la escuela platónica, y sólo vagamente indicada por el Stagirita, no podía menos de salirnos al encuentro santo Tomás, abogado defensor de todas las abstracciones aristotélicas, de todas las hipótesis formalistas sustentadas por los secuaces del Peripato. Así como había renunciado á la reducción de la forma á relaciones materiales, renunció también á la idealización de la materia en sentido dinámico, afirmando que los seres naturales no voluntarios «no obran sino por virtud formal». Y lo más extraño del caso es que santo Tomás admite finalidad en esos seres, lo mismo que en los dotados de autonomía é individualidad; así es que necesita establecer una diferencia arbitraria entre unos y otros para afianzar sus errores peripatéticos.

Sin embargo, santo Tomás se hace á sí propio una objeción cuyo valor no supo apreciar por completo, y á la que responde muy débilmente. «El que aspira á un fin, dice, se alegra también de haberlo conseguido: luego odas las cosas que obran con tendencia intrínseca deberían ser capaces del acto psíquico de la alegría.» Con todo — replica santo Tomás — la criatura inteligente no se ha dado ella misma esta tendencia, sino que la ha recibido de otro sér inteligente; no es, en efecto, posible que se alegren con la realización ó cumplimiento de un fin, sino los que le conocen; el apetito, empero, no importa conocimiento alguno en el sér que apetece. Algo parecido sucede con las relaciones intelectuales; si es verdad que todas las cosas se manifiestan en acciones finales, preciso es que tengan idea ó noticia de la finalidad; ¿por qué, pues, sucede todo lo contrario, y vemos, sin embargo, en el mundo un encadenamiento universal de fines y medios? Santo Tomás responde nuevamente: Porque el conocimiento del destino á que la cosa está ordenada, aunque necesario é indudable, no radica en ella misma, sino que es propio solamente del Creador. *Natura non dirigit in finem sed dirigitur; Deus autem et agens á proposito quodlibet dirigunt in finem et ideo oportet, quod habeant finis cognitionem, non autem res naturalis.*

Toda esa providencia y cuidado que santo Tomás supone en Dios para que la naturaleza no dirija fin, sino que *se* dirija á él, tiene un dejo tan marcadamente ocasionalista, que más no puede ser. Pero sin detenerme á violentar este punto para que no se me acuse de estrechez de criterio, observaré, por de pronto, que la distinción ó separación que entre lo natural y lo voluntario se establece aquí, es inexacta con respecto al mundo inorgánico, que es precisamente al que santo Tomás se resiste á conceder cualidades psíquicas. Los seres inorgánicos ó dígase inanimados (¡erróneo y ridículo término!) tienen un puesto entre los cuerpos organizados de la naturaleza, afirmen lo que quieran los discípulos de santo Tomás. Un mismo principio vital domina

en la naturaleza, incluso en los minerales. «Todo — dice Lapuerta — nace, vive y muere; un sér cualquiera, un vegetal, un animal, una *piedra* se desarrolla, *vive* y muere, ó más bien se transforma para dar lugar á nuevos seres que vuelven al círculo eterno de las transformaciones.» Idea repetida por el mismo químico en una importante obra (1) en las palabras que siguen: «Se ha negado por muchos toda actividad á la materia mineral, llamándola muerta ó inactiva, y sin embargo, vemos en estos movimientos puramente inorgánicos una acción innegable, una *vida* rudimentaria que se manifiesta á su modo antes de formar parte de los seres organizados y vivos.» Cuya manera de pensar está en el más alto grado confirmada por la autorizada opinión de químicos y naturalistas tan eminentes como Ehremberg, Folgert, Tolstopiatow y Quincke. Y cito de intento estos sabios imparciales, y si la frase me es permitida, objetivamente científicos, para que no se crea que es en ellos un tal parecer fruto de prejuicios filosóficos ó de interpretaciones bastardas de la naturaleza. Ese parecer es, por el contrario, resultado de las enseñanzas de las ciencias naturales, y tiene por base innumerables hechos mineralógicos, biológicos y físicos. Analicemos alguno de estos hechos.

Ofrécesenos, en primer término, el fenómeno de la *cristalización.* Pasteur considera al cristal como el elemento primitivo de la célula, y en efecto, para el observador más parcial hállase aquí perfectamente insinuado y elocuente el tránsito de lo inorgánico á lo orgánico, de la naturaleza inanimada á la naturaleza viva. El ejemplar cristalogénico no sólo por su configuración y simetría geométrica, sino por la marcha sucesiva de su formación, merece y no puede menos de merecer el concepto de un proceso vital del tercer reino de la naturaleza. Vése en él la más estrecha relación entre su figura y la actividad del conjunto, una tendencia ó combinación de fuerzas cristalogénicas exactamente igual á la que presentan los organismos en la conservación de la forma especial de su individualidad. El cristal lucha por la existencia con las moléculas que le circundan cuando cristaliza en su medio; y cuando lo verifica en medios extraños, lucha, como el vegetal y el animal, con los agentes exteriores que dificultan su desarrollo como individuo. Su actividad interior, inmanente, no es menos interesante. Principio, crecimiento, término, nada le falta; y confieso que cuando por primera vez supe en un gabinete mineralógico del extranjero cómo cada cristal era y se manifestaba según las propiedades internas que se le asignaban por el profesor; cómo cada celulita mineral contribuía con su actividad á la armonía del todo; cómo se combinaban con arreglo al equilibrio dinámico ó á la guerra de energías iguales y contrarias que se asignan á las formaciones vitales, mi alma se turbó y quedé confundido.

Mi confusión era tanto mayor cuanto que, bajo la influencia de las ideas de santo Tomás, que entonces me dominaban por completo, estaba convencido de que el ser vivo es aquel que por sí mismo se mueve y obra (*substan-*

(1) *Las transformaciones de la materia en el gran laboratorio de la naturaleza.* (Madrid, 1877.)

cia cui convenit secundum naturam movere se ipsa vel agere se quocumque modo ad operationem.) He aquí, me decía, un mineral que obra y se mueve inmanentemente, y cuyas acciones, como las que santo Tomás califica de vitales, de él parten y en él se completan y terminan perfeccionándolo individualmente. Ni una sola de estas condiciones le falta.

No llegué, con todo, á darme por vencido á mí propio. La explicación de santo Tomás, aceptada y repetida por Cuvier, de que la materia es simplemente la depositaria de la fuerza que obliga á la materia futura á marchar en el mismo sentido que ella, y que la forma de los cuerpos es más esencial que su materia, pues la última cambia mientras que la otra se conserva, esta explicación, digo, fué siempre considera por mí como una de las más significativas que la sabiduría cristiano-peripatética nos ha dejado. Encontraba en ella la verdadera noción del organismo como principio de intu-suscepción. Las experiencias de Flourens (1) sobre los huesos acabaron de convencerme induciéndome á considerar al mundo inorgánico como una especie de dermato-esqueleto ó secreción, y al mundo orgánico como una especie de neuro-esqueleto ó nutrición del vasto organismo del mundo. Mi asombro fué inmenso cuando tuve noticia de los magníficos experimentos de Leir, Delavalle y Sénarmont, acerca de la recomposición de los cristales mutilados al sumergírseles en sus aguas madres. Ya no era tampoco el «torbellino vital» de Cuvier propiedad exclusiva de los seres organizados.

Los discípulos de santo Tomás repiten, sin embargo, con su maestro que «mientras los cuerpos inanimados se comunican sus cualidades pasando de uno en otro, en los animados la comunicación procede de lo interior.» Pero á esta afirmación tan rotunda se oponen importantes y fehacientes descubrimientos, así del orden físico como del orden químico. Físicamente, el protoplasma ha quedado reducido en sus extensiones y movimientos á un líquido cuya difusión y disolución se rige por las mismas leyes que explican las tensiones de las superficies de los líquidos en general. Las investigaciones de Butschli (2) en particular, me parecen completamente explícitas y concluyentes. Para comprender el sentido y la fuerza que se les puede dar, notaré que son en todo y por todo análogas en los procedimientos á las de la física molecular, en todo y por todo análogas en los resultados á las de la biología celular. Butschli buscaba una afinidad empírica entre la forma y las comuni-

(1) Una de ellas consiste en alimentar durante un mes á un animal con rubia, materia colorante que tiñe los objetos á que se aplica de un rojo muy subido; al volver el animal á su régimen alimenticio ordinario, nótase que los huesos empiezan á ponerse blancos desde el centro. En otro experimento, se quita á un hueso la carne que le cubre y se le rodea de un anillo de alambre de platino, obteniendo el siguiente resultado: sobre el anillo fórmanse sucesivamente capas y más capas que le van encerrando en el centro vertical del hueso. Estas transformaciones que en la carne y en las partes blandas del organismo se verifican con más rapidez, indican bien á las claras que la renovación de las substancias vivas se realiza siempre de lo interior á lo exterior.

(2) *Untersuchungen über mikroskopische shaume und das protoplasma.*

caciones de disoluciones alcalinas reducidas á una extremada tenuidad, y la forma y las comunicaciones protoplásmicas de los protozoarios y de los diversos organismos pluricelulares. El más brillante y decisivo éxito coronó sus observaciones. Aproximando una gota de la espuma que resulta de aquellas disoluciones á otra gota de agua, el microscopio nos las presenta *confundidas y difundidas* mutuamente, y enturbiada la primera por la segunda. Si se las estrecha entre dos cristales, el efecto inmediato es la separación por la potasa de dichas gotas, fenómeno al que acompañan estos otros: la gota espumosa se determina en huecos donde predominá el jabón y la potasa, que al igual de la renovación de los seres orgánicos, disminuyen gradualmente hacía la superficie; ésta muestra primero un aspecto granulado que, como en el protoplasma, se forma después reticular; y se nota, por último, que yuxtapuestos hasta el infinito los primitivos huecos, cúbrense poco á poco de capas de aceite sucesivamente formadas, y concluye la disolución de jabón y de potasa por encontrarse en el interior de la espuma. Estas pocas muestras bastan para dar una idea del giro que toma la supuesta «materia inanimada» cuando se la somete á los procedimientos y leyes de la vida concreta; pero no es eso todo. Analizando más detenidamente con el microscopio los cambios operados, descúbrese que las capacidades esféricas resultantes toman formas poligonales y dominan todo el contenido de la gota de aceite hasta convertirse, con arreglo á las variaciones del medio ambiente, en una sucesión de prolongaciones indistintas, irregulares, variadísimas. Por vagos y confusos que en un principio estos productos sean, redúcense á la postre á las mismas configuraciones externas é internas de los organismos inferiores; y si para el observador superficial sólo presenta una estructura fibrilar ó vidriosa, un examen más profundo nos enseña que, como los compuestos protoplásmicos, esas cavidades están en una disposición de situaciones correlativas *desde la superficie al centro*. En fin, sometiendo semejante espuma microscópica á la acción del calor y de la electricidad, acusa y manifiesta cambios de movimiento idénticos á los que aquellos agentes producen en el protoplasma vivo. ¿Quién, en presencia de tales hechos, se atreverá á decir con santo Tomás y sus secuaces, que la esencia genérica de toda operación vital sólo existe en los seres llamados orgánicos?

Pondré ahora ante los ojos del lector el modo como la ciencia moderna sabe explicar en el mismo sentido la analogía entre las preparaciones ó mezclas artificiales y la materia organizada viva, por lo que á los fenómenos *químicos* se refiere. No es ya tan fácil encontrar en este terreno pruebas decisivas y deducciones terminantes; mas para que se vea lo que puede la investigación imparcial en punto á biología de los cuerpos tenidos hasta hoy por inertes, daré noticia de las células artificiales ó «membranas de precipitado» trabajadas en ciertas formaciones viscosas vesiculares ó atriformes. Citaré asimismo los elocuentes fenómenos producidos y observados por Berthelot en los compuestos llamados organógenos, cuando se hace obrar sobre ellos la electricidad, porque con tensiones tenues y descargas reprimidas

aumenta lenta y considerablemente su originaria débil afinidad, hecho reconocido y comprobado hasta en el perezoso ázoe. Y en cuanto á los cuerpos simples, aunque invariables en las condiciones actuales, cambian seguramente de modo de ser en condiciones distintas de temperatura y de presión y deben tener entre sí perfecta comunidad de origen, puesto que los de peso atómico elevado proceden de los de peso atómico menor (1). De estas observaciones resulta una consecuencia muy importante para el problema que se discute: la de que los principios químicos que existen en los seres vivos y faltan en los inanimados, son las verdaderas causas determinantes de la diferencia entre unos y otros. Así, según los experimentos de Löw, el estudio de la albúmina demuestra que esta substancia no es real y verdaderamente *viva* sino por hallarse compuesta de varios grupos de ahdehido (es decir, de formaciones deleznables de carbono, hidrógeno y oxígeno) y que su vida no estriba más que en lo laxo y tenue de semejantes grupos. Está experimentalmente demostrado que sólo $\frac{1}{5}$ de los elementos inorgánicos conocidos se contienen en los seres vivientes, y si se añaden los demás que entran en pequeñas proporciones, la relación de unos á otros no excede de $\frac{2}{5}$. Aun los que entran en la constitución del protoplasma, no son todos indispensables para la vida. Sabemos también que los más elevados elementos orgánicos no cumplen otra misión en el protoplasma que constituirle ya por sí solos, ya combinados, para ser eliminados después. Pero si no son llevados al organismo por los elementos exteriores de que éste se nutre, falta en el protoplasma la reacción particular por ellos producida y la vida queda anonadada. Por más que la causa verdadera de esa particular reacción es un misterio para la química, se sospecha fundadamente que radica en las relaciones de los pesos atómicos con los elementos vitales, relaciones mucho más estrechas que las de los elementos inorgánicos. Si esos pesos atómicos de los catorce cuerpos conocidos (2) pudiesen ser sometidos á una comparación rigurosa, no hay duda que sus propiedades biológicas se nos revelarían de una manera evidente. Así se procura hacerlo ya. Preyer ha duplicado, triplicado y cuadruplicado las cifras de esos pesos, investigado sus medidas cantitativas é igualado en lo posible la diferencia entre cada uno y la suma de las densidades de los otros. De sus cálculos se desprende que esos cuerpos son sus-

---

(1) Wendt: *Die entwicklung der elemente.* — Para explicar la evolución vital por la complicación de los principios químicos, recurre Wendt á las presiones de las grandes temperaturas: su génesis biológica primordial es el Sol, y la dificultad de relacionar los cuerpos simples orgánicos y los inorgánicos, dificultad que le parece invencible en nuestras actuales relaciones, considerada en el carácter térmico del interior de nuestro globo, la cree resuelta en el sentido de las transformaciones materiales y de la teoría mecánica del calor. - Véase á Becerro de Bengoa: *Tendencias de la química moderna* (Madrid 1894.)

(2) Estos cuerpos son el hidrógeno, el carbono, el nitrógeno, el oxígeno, el fluor, el sodio, el magnesio, el silíceo, el fósforo, el azufre, el cloro, el potasio, el calcio y el hierro.

ceptibles de combinaciones numerosas, y que bajo la acción de la temperatura se resuelven en sutilísimas y complicadísimas moléculas. Por ejemplo: la hemoglobina se compone de seis cuerpos, manifestándose como un radical ácido imperfecto muy asequible al sodio y al potasio. Algo análogo se nota en los derivados de la albúmina. En este punto las deducciones de Preyer confirman las inducciones de Löw arriba mencionadas, sólo que aquéllas acusan resultados tan avanzados como la siguiente estupenda fórmula: $C_{600} H_{960} N_{154} Fe_{1} S_{3} O_{179}$. De este modo el gran secreto de la constitución orgánica queda invenciblemente patentizado: es una complicación molecular.

Como Mendelejeff clasificó los pesos atómicos según ese criterio, así ha intentado Preyer clasificar los cuerpos simples. Esta clasificación, repartida en seis series, cada una de las cuales comprende siete cuerpos, y éstos siete familias, que á su vez suponen particularmente tres derivaciones de á siete simples, abarca el hidrógeno, el litio, el glucinio, el boro, el carbono, el hierro, el nitrógeno y el oxígeno con sus pesos atómicos de 1 á 16, pero deja sin aislar algunos otros. Representando con un ◉ estos cuerpos desconocidos, tenemos en cada familia los siguientes simples: 1.ª H. Fl. Cl. Br. I. ◉.—2.ª Li. Na. K. Rb. Cs. ◉.—3.ª Gl. Mg. Ca. Sr. Ba. ◉.—4.ª Bo. Al. Sc. Y. La. ◉.—5.ª C. Si. Ti. Zr. Ce. Th.—6.ª N. Ph. Va. Nb. Di. ◉.—7.ª O. S. Cr. Mo. Tb. y V.—Derivadas.—1.ª = 0 = 2.ª K. ◉. ◉. ◉. Rb. ◉. N. Ag. ◉.—3.ª Mg. Zn. Cd. Hg. Ca. Mn. ◉. ◉. Sr. Er.—4.ª Al. Ga. In. Tl. Sc. Fe. Ru. Os. Y. Yb.—5.ª Si. Ge. Sn. Pb. Ti. Co. Rh. Ir. Zr. ◉.—6.ª Ph. As. Sb. Bi. Va. Ni. Pd. Pt. Nb. Ta.—7.ª S. Se. Te. ◉ Cr. Cu ◉ Au. Mo. Wo.

Toda la fuerza del argumento de Preyer descansa en la probabilidad de que los cuerpos desconocidos ó no aislados no pasen de 23, dado que el urano es el que puede considerarse como el de mayor peso atómico. Ahora bien, la primera regla de síntesis química, consignada ya en el sistema natural de la ley periódica de Meyer, y recordada oportunamente por Preyer, consiste en distribuir los elementos conocidos con arreglo á sus pesos atómicos á la vez que con arreglo á las analogías de sus propiedades. La conclusión, pues, que debe sacarse del análisis de esos cuerpos primitivos ó elementales que constituyen la substancia orgánica, es que hay que colocar, contra lo sostenido hasta aquí por los sabios, á muchos de ellos entre los halógenos electro-negativos, porque así se ve por el principal puesto que ocupan en el organismo. Solamente conviene hacer una observación en este sentido: excepto el litio, el glucinio y el boro, los demás elementos son, como las familias á que corresponden, no originarios, sino derivados de los que indudablemente preexistían en los cuerpos vivos superiores. De donde nace la aparente paradoja, ó más bien la verdad profunda, de que los elementos orgánicos son anteriores á los orgánicos y la química mineral un caso particular de la química viva. He aquí otro punto en que la ciencia moderna aparece en antagonismo con la filosofía de santo Tomás.

Mas si son dignos de admiración esos resultados de las ciencias químicas contemporáneas, no es menos interesante la exactitud con que, confesando lo intrincado del problema, ha trazado Preyer la *geografía física*, por decirlo así, de los cuerpos desconocidos como predicables de los pesos atómicos que conocemos. Preyer deduce que la familia del hidrógeno no comprende más que simples univalentes, la de los elementos alcalino bivalentes, la del boro trivalentes, la del carbón tetravalentes, la del nitrógeno pentavalentes, etcétera. El mismo cálculo da el medio de obtener la suma de esos valores, los más probables, y señala la coincidencia numérica y de peso de esa suma con el último de los siete elementos primitivos.

A esta observación, Preyer ha añadido algunas reflexiones que tienden á demostrar la seguridad de las hipótesis que ligan los elementos minerales é inorgánicos con el organismo y la vida. He aquí la prueba del aserto. Según Preyer, los 14 elementos orgánicos de primer orden aparecen por parejas de cuerpos *análogos en sus propiedades á la cabeza de los grupos*, y así suele encontrárseles combinados en los cuerpos vivos. El hierro conserva un carácter central aislado, cual conviene á sus enigmáticas propiedades, á sus numerosas combinaciones y á su especial papel biofísico y bioquímico. La situación del hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno está conforme con su importancia fundamental en el organismo. A su génesis sigue la del azufre y el fósforo, indispensables en los organismos inferiores, como en las albúminas y sus derivados. Aparecen luego los que por sus propiedades físicas y moleculares entran en la construcción de las células y de los tejidos, como el silicio, magnesio, calcio y fluor. Al lado de ellos se ven los metales alcalinos, sodio y potasio, y asimismo figura el cloro, obrando en doble concepto, ya como constituyentes químicos ó ya como físicos.

De estos hechos científicos, tan magníficamente apreciados por el eminente Preyer, se sigue que también está santo Tomás equivocado al afirmar que «de las fuerzas físicas y químicas *(qualitates activae et passivae elementorum)* se sirven los seres orgánicos como de acciones instrumentales»; cuando lo que muestra la experiencia es que en ellas reside el poder por el que los seres orgánicos son lo que son. Dentro de este mismo concepto está el de la unificación de la constitución de la materia inorgánica con la de la materia organizada, y todo ayuda á reconocer que la cuestión de las diferencias entre lo vivo y lo inerte, puesta por Aristóteles y continuada por santo Tomás, viene mal formulada y que en vigor es un mismo principio psíquico y universal el que lo inorgánico y lo orgánico nos muestran en diversos grados de desarrollo. No hallaremos, pues, exageradas las siguientes palabras de Holger, sabio apreciadísimo por sus trabajos empíricos: «Ya nadie considera á los minerales como cuerpos desprovistos de vida y distintos de los cuerpos orgánicos.» Tal es, en efecto, la última consecuencia de las investigaciones biológicas.

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

SINNET. *El Buddhismo Esotérico*. Trad. de la 6.ª edición inglesa, por D. Francisco de Montolíu, con notas por D. José Melián. Casa editorial de Rodríguez Serra. Madrid.

La traducción de esta obra al castellano tiene para los teosofistas españoles excepcional valor, por la circunstancia de haber partido la iniciativa y de haber sido publicada la obra por editor no teosofista y aparecer en una de las más populares bibliotecas de filosofía, la del Sr. Rodríguez Serra.

Poco hemos de decir nosotros de una obra famosa dentro de la literatura teosófica. Lástima que por pertenecer á los primeros tiempos—cuando aún no se conocía al público occidental—no resulte hoy todo lo oportuna que nosotros desearíamos.

Su autor, hombre culto y de buena fe indiscutible, no tuvo, sin embargo, la suerte de ser oportuno en la publicación de sus obras. Víctima del público, y deseoso de hacer luz sobre ciertas cuestiones, contribuyó inocentemente á la obra de los enemigos de la Sociedad Teosófica. Recordad la parte de su libro *El Mundo oculto* en que trata de presentar pruebas de los poderes psíquicos de H. P. Blavatsky. No pudo publicarse nada más á propósito para desorientar á los que deseaban conocer á la ilustre escritora, que por esta vez no resultaba sino una taumaturga, cuyos milagros hacían olvidar lo que verdaderamente fué grande de su obra, es decir, sus escritos y sus revelaciones.

Y si esto sucedió con *El Mundo oculto*, otro tanto podríamos decir respecto de *El Buddhismo esotérico*, obra bien escrita, aunque como dijo H. P. Blavatsky, bautizada con un título desdichado que llevó la confusión á muchos espíritus. Desde su aparición, los términos Buddhismo y Teosofía vienen siendo confundidos lamentablemente.

Precisamente aquí en España, donde esta confusión parece estar más arraigada, no puede hablarse de la obra de Sinnett sin repetir lo que ya debía ser del dominio vulgar, á saber: que los términos Buddhismo y Teosofía significan cosas completamente diferentes. Buddhismo es el apelativo de una religión determinada, y como tal sujeta á las exigencias de «lugar» y «momento», y Teosofía es algo superior á cualquier sistema religioso, como es superior la metafísica pura, á las múltiples vulgares manifestaciones de la extensa gama de los conocimientos filosóficos. Y nada más decimos sobre

este punto tan admirablemente tratado en la introducción de la *Doctrina Secreta.*

En cuanto á la edición del Sr. Rodríguez Serra, diremos que es una edición decisiva. Es superior á las ediciones francesas, plagadas de errores; está traducido de la 6.ª edición inglesa, corregida por el autor, y tanto el traductor como el Sr. Melián, autor de las numerosas notas que la ilustran, son escritores teosofistas.



Dario Vellozo. *Licçoes de Historia, Antigüedade Oriental.* Coritiba, Brasil, 1902.

Aunque breves extractos, las lecciones del ilustre profesor brasileño, revelan sus fundamentales y exactos conocimientos sobre la antigüedad oriental. La acertada sinopsis de las grandes civilizaciones egipcia, hinda, etc., demuestran que el autor no sólo estudió el Oriente en las fuentes vulgares de la ciencia oficial, sino en los escritos de los investigadores teosóficos. Una vez más felicitamos al Sr. Vellozo por su valiosa publicación.



Zulima. *Extractos del tratado de Papus, sobre Ciencia oculta.* San Salvador, 1902.

La obra de la Sra. de Aguilar, ilustre escritora salvadoreña que oculta su nombre bajo el seudónimo arriba citado, es una obra de buena fe, aunque de dudosos resultados para la cultura en general y para la ocultista especialmente. El aparatoso y hueco *Tratado metódico de Cieneia oculta* del desacreditado escritor francés «Papus», puede decirse que ha ganado con el extracto de Zulima, pues por lo menos en éste se ha disminuído algo de la hinchazón dogmática que caracteriza á las obras del pseudo ocultista francés, y que tan mal sienta cuando no hay ciencia suficiente con qué disculparla.

Copia vil y deformada todo lo que «Papus» denomina Ocultismo, de las más vulgares y peores enseñanzas orientales, nunca ha logrado sino confundir los espíritus, sin presentar jamás una sola solución noble y desinteresada. Con sus exterioridades y sus títulos y nombramientos de doctores y licenciados en ciencias *iniciativas* ha contribuído lo mismo él que sus obras á desacreditar los verdaderos estudios sobre el Misterio y lo Desconocido.

He aquí por qué decíamos que la obra de la Sra. de Aguilar, si bien de buena fe, era de dudosos resultados para la cultura en general, etc.

D-P.



Carlos Octavio Bunge. *Principios de Psicología individual y colectiva.* Madrid. Un volumen 2,50 ptas. (Biblioteca científico-filosófica). D. Jorro, editor.

Todos los hombres, si es que no hay algún iniciado, nos hallamos tan perplejos sobre nuestro propio conocimiento como aquel personaje de una

hermosa novela de Bulwer Lytton á quien le anuncian que es padre. El personaje en cuestión, admirado de sí mismo, se pregunta después qué es un niño, y se da un buen número de definiciones tan extrañas y ridículas, que hacen adorables aquellas páginas, y obligan al lector á proseguirlas hasta su término, sin que luego sepa lo que es una criatura.

Es el caso de la filosofía más corriente. De todos los libros filosóficos, y de todos los filósofos occidentales. El hombre es un vípedo sin pluma (Platón). El hombre es un animal religioso (Foxmorcillo). El hombre es un animal que ríe (Villalobos y luego Víctor Hugo). El hombre es un sér pensante (Descartes). El hombre es un animal que aspira (Bunge).

Y el hombre sigue siendo un animal desconocido é ignorado como un sér que ni siquiera se sospecha.

El profesor Bunge contribuye con su obra á esclarecer nuestra ignorancia sobre este punto y lo hace recorriendo todo el saber científico hasta el año 94, ofreciéndonos unas páginas amenas y agradables, editadas en España y prefaciadas por el Dr. Simarro, para dar al propio tiempo que un testimonio de laboriosidad y estudio, una prueba de verdadero amor á la madre común de españoles y sudamericanos.

El filósofo argentino, en su trabajo, recaba para el instinto una excepcional importancia en la psicología, por considerarlo como el factor principal de la psiquis humana, resolviendo así la contienda entre mentalistas y voluntaristas, que reducen todo á la Inteligencia ó la Voluntad del hombre. La exposición de esta nueva teoría—*instintivo*—es brillante y sugestiva, así como las páginas consagradas al estudio de la *aspirabilidad* como característica distintiva del hombre.

No son ciertamente originales una y otra idea, en el sentido de verdaderas y primeras creaciones. La preeminencia del instinto la vemos en Epicuro entre los antiguos, y en los modernos, para no citar más que uno, recordaremos las hermosas páginas de Sánchez Calvo en *Lo Maravilloso positivo.* En cuanto á la característica humana, que el sabio Sr. Bunge denomina *aspirabilidad*, es una nueva versión del eterno ideal de perfección y mejora. El mismo profesor lo recuerda: «Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos.» (Mateo, V, 48.)

Un pequeño reparo se le podía poner al autor sobre su preferencia al tecnicismo alemán, que patrocina y apunta como mejor que otro alguno, sin razón que lo justifique. En esto vale más la opinión de Heine que la de un argentino. ¿Qué hay en las palabras Bewusztsein (conciencia) y Vorstellung que no excita en las de los demás idiomas? Nada. Acaso son más confusas. Aparte que desde Kant se ha prostituído el alemán con palabras horrorosas. Podríamos citar mil ejemplos que no son por cierto nombres de substancias químicas orgánicas.

Queda por encima de estas observaciones de momento que nos sugiere la lectura del libro del Sr. Bunge una cosa indiscutible. Es que nos ha llamado la atención porque tiene un mérito indudable. Es una obra que susci-

ta ideas, que remueve problemas y que nos lleva á tributar á su autor un sincero homenaje de admiración por su laboriosidad y su ciencia. Con presentarnos un filósofo original no nos lo presenta estacionado y hecho, sino como una excelente promesa, no de la República Argentina, ni de España, sino de nuestra raza.

RAFAEL URBANO.

NECROLOGÍA

MR. CHARLES BLECH

Le Temps nos comunica la triste noticia. Mr. Blech ha muerto, celebrándose sus exequias en el templo protestante de L' Oratoire. *Le Temps* refiere algunos hechos de la agitada é interesante vida política del ilustre teosofista. Recuerda su expulsión de Alsacia por Bismark; su largo cautiverio en la fortaleza de Magdebourg y su influencia en Alsacia cuando los acontecimientos de 1870.

Le Radical de 13 de Julio dedica al perdido amigo su artículo de fondo firmado por Ranc, que refiere, entre otras cosas, con la maestría que le es propia, la entrevista del «héroe alsaciano» con el gran Gambetta.

La prensa teosófica ha de lamentar la pérdida del ilustre correligionario, pérdida que es un rudo golpe para los teosofistas en general y para los franceses en particular, por tratarse del jefe de la familia Blech, que tanta importancia tiene en el actual movimiento teosófico del país vecino.

La redacción de SOPHÍA, cuyas columnas han sido honradas alguna vez con la firma Blech, envía en nombre de todos los teosofistas españoles la sincera expresión de su dolor á la familia del querido é ilustre correligionario fallecido.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.